

Filosofía de la trascendencia. amor, contemplación y conversión en el pensamiento de Stanislaw Grygiel

César Bravo Díaz¹

Antes que nada, empecemos por aproximarnos a los conceptos a tratar. La filosofía, el filosofar es un don que todos los hombres han recibido pero no todos han aceptado pues filosofar implica cambiar la vida y la conversión no resulta fácil. La cercanía con la verdad corresponde un compromiso con algo superior a nosotros mismos. En cuanto se empieza a saborear la verdad, no podemos hacer otra cosa que vivir de acuerdo a ella o vernos sumergidos en la más profunda y dolorosa incoherencia. Finalmente, tras el encuentro con la verdad, uno debe decidir si vive como piensa o piensa como vive. Si piensa como vive, lo único que logrará será justificar su comportamiento con razones insignificantes, siendo visto, el sujeto en cuestión, como una víctima circunstancial del mundo. Si uno vive como piensa, al haberse acercado a la verdad, necesariamente cambiará su vida, crecerá.

La situación que torna esta cuestión más complicada es el hecho que, en muchos casos, este don se revela en el sufrimiento. Para hablar del sufrimiento, es imprescindible hablar primero del dolor. El dolor es una condición natural provocada por algún desequilibrio o intento de desequilibrio en la persona, ya sea en su cuerpo, en su mente o en su alma. El dolor muchas veces sirve como alarma, con lo cual resulta útil, pero cabe aclarar que a pesar de ser un proceso natural, no es lícito caer en el "dolorismo" e intentar ser capaz de vivir con todos los dolores a costas, pudiendo ser éstos inteligentemente tratados.

Sin embargo, existe un dolor distinto a todos los demás. Un dolor espiritual, un dolor de toda la persona, y éste es precisamente el dolor frente a la inminencia de nuestra muerte. Este dolor personal, que no tiene médico ni medicina, es el verdadero sufrimiento.

San Agustín dice: "Nos hiciste Señor orientados hacia Ti y nuestro corazón está inquieto

hasta reposar en Ti". Esta inquietud se evidencia sobre todo frente a la muerte. La inquietud de nuestro corazón se refleja en la búsqueda de sentido. En San Agustín, esta pregunta toma sentido cuando se encuentra a Dios. Dios le da sentido al sufrimiento, a la muerte. Job después del encuentro con Dios que le habla, sigue de pie frente al sufrimiento, pero ahora es feliz porque ha encontrado el sentido. Encontrar el sentido de la muerte es precisamente darle también un sentido a la vida. En definitiva solo la trascendencia da sentido a la vida y a la muerte. Sin la trascendencia, la vida no tiene sentido. La vida que no tiene una finalidad es como un camino que no tiene destino. La vida sin la trascendencia es un camino sin destino, es decir, es un laberinto.

Es precisamente aquí donde despierta el verdadero filósofo, de cara a la muerte, de cara a la trascendencia. Filosofar es dialogar con Dios, con la sabiduría, con la trascendencia. La filosofía es intelectus, es decir, leer entre dos cosas, pensar en el hombre entre su nacimiento y su muerte. Una antropología realista se pregunta ¿quién es el hombre que muere? El maravillarse es el inicio de la filosofía y detona el pensamiento y las preguntas.

El filósofo busca respuestas que trasciendan la propia vida. El filósofo no posee la verdad sino que la busca y quiere ir hacia ella. Es amigo de la verdad, de la sabiduría. La muerte por tanto, frente a un filósofo, no se manifiesta como una imposición o como un castigo, sino como oportunidad de preguntarse.

Sin embargo, ningún hombre puede dar respuesta a la pregunta sobre la muerte a pesar que todos estaremos expuestos a la misma situación. La actitud verdaderamente filosófica es aquella de preguntar y esperar la respuesta. No existe una respuesta al porqué debo morir. En ese momento empiezo a pensar profundamente, filosóficamente, esto es preguntar y "esperar" la respuesta. Al pensar

¹Licenciado en Educación Secundaria en la especialidad de Filosofía y Teología. Maestro en Ciencias del matrimonio y la familia por el Istituto Giovanni Paolo II - Roma. Docente de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: cbravo@usat.edu.pe

inevitablemente aparece la idea de la muerte ante nosotros. Así como la filosofía es un don, la pregunta sobre la muerte no la hacemos nosotros sino que nace de nosotros.

Esta reflexión sobre la muerte abre la idea del filosofar también como amistad con el futuro, pues la verdad que buscamos está siempre delante de nosotros, adelantada. Por eso el hombre sin filosofía es también un hombre sin futuro.

Es por eso que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que nuestra sociedad no tiene futuro pues no piensa y esto es porque no quiere tener conciencia de la muerte. No hay cultura donde falta memoria de la muerte. Nuestra sociedad, como olvida la muerte, no cultiva sino construye, se niega a recibir el don, solo se limita a construirlo todo, lo cual es semilla del ateísmo.

Cualquier cosa para ellos que pudiese ser un don se justifica como causado por nosotros mismos: creemos merecerlo todo. Cuando la sociedad olvida el sentido del don, se olvida de Dios ("Si tú conocieras el don y quién te pide de beber..."). Una sociedad se vuelve atea cuando cree que todo lo puede hacer, todo lo construye con su propio esfuerzo, se piensa omnipotente. Pues es precisamente ante la imposibilidad es donde el hombre se descubre como trascendente.

Nuestra sociedad no vive en amistad con la sabiduría pues no es consciente del don y por lo tanto, solo formará personas que no vivan de cara a la trascendencia, esto es, personas que no brincarán la muerte para vencer al tiempo. Este es precisamente el objetivo de la secularización: reducir al hombre y a la sociedad al siglo, al tiempo, negarle la trascendencia, reducirlo. Un hombre que no se abre a la trascendencia es un hombre egoísta, incapaz de salir de sí mismo hacia algo más grande, un hombre totalmente plegado sobre sí mismo y autosuficiente, esto es, negado a la relación.

La trascendencia implica salir de uno mismo hacia otro. Esto se da en la relación. Un hombre que no vive en relación no trasciende. La relación es naturalmente simbólica, es decir, yo me defino remitiéndome a otro, que me completa y me da sentido. En efecto, nuestra identidad se construye en el diálogo con la alteridad. Decir yo soy yo y tú eres tú no agrega nada. Es como decir el burro es burro. Finalmente es una tautología. Sin embargo, decir el burro es gris es decir algo del burro con la ayuda de otro, es decir, con la ayuda del diálogo con la alteridad. Sin alteridad, la pregunta ¿quién soy yo? Queda en el vacío. Sin el diálogo solo hay silencio. Toda pregunta es un diálogo, pero ante todo, en la espera dulce de la respuesta, es una plegaria. Nuestra naturaleza dialogante nos demuestra que estamos hechos no para nosotros mismos sino para los demás.

En nuestra natural trascendencia, está implicado el compromiso del hombre. El hombre se compromete con la trascendencia a través de un camino, una persona. A través de aquella persona es

capaz de amar a todo el mundo. La relación con esta persona, para ser trascendente, necesariamente debe ser una relación eminentemente contemplativa, obligándome a salir de mí mismo. Si fuese una relación posesiva, no me obligaría a abandonar mi centro de egoísmo. En la contemplación se busca la unidad con lo contemplado. Implica abandonarme a mí mismo para salir al encuentro del otro.

Contemplar, en efecto, se usa referido a lo sagrado, pues es querer hacerme uno con el templo, con lo sagrado que hay en esa persona. Contemplar es querer convertirse en lo sagrado que hay dentro de quien se contempla. En el diálogo con la alteridad que nace de la contemplación, el sujeto define su identidad, pues quien contempla se define a través de lo contemplado. Este ir verso a alguien, esta "conversión", este salir de mí para ir hacia alguien, me compromete. Este compromiso, como implica salir de sí, es necesariamente una entrega. Esta entrega implica nuestra pertenencia a quien nos entregamos. Esta entrega para ser total y verdadera debe ser exclusiva y para siempre, puesto que, entregarnos a otra persona implicaría robarnos a nosotros mismos de las manos de aquel a quien me entregué antes. Este robo personal genera un daño profundo en la realidad humana.

En conclusión, contemplar me convierte, pues es una acción hacia un sujeto que no puedo manipular y al que debo entregarme saliendo de mí mismo. Al convertirme sin manipular, me hago mejor persona. Finalmente, esta contemplación es una conversión y finalmente a través de la relación contemplativa con esta persona, alcanzo en la conversión, mi propia salvación.